

RESEÑAS

EL PAÍS DE MI PADRE PLINIO APULEYO MENDOZA (RESEÑA)

NÉSTOR ALEXANDER ESPEJO IBÁÑEZ¹

Muerto ya hace más de medio siglo, Plinio Mendoza Neira aún transita por su tierra. Aquella por la que procuró, en lo que duró su vida política, sacar de las incomunicadas montañas boyacenses, de los tiempos del bogotazo, y ponerla en el mapa de Colombia. Una avenida, un colegio, un busto anclado en una parcela de magnolias con una leyenda imposible de leer, unos restos en una capilla doctrinera son algunas formas que lo sobreviven al olvido. García Márquez cuenta en sus memorias que Mendoza no escribió una sola línea, cincuenta años después de su último viaje a Toca *El país de mi padre* de Plinio Apuleyo Mendoza lo recordaría para la literatura.

El 9 de abril de 1948 es una fecha trascendental para la historia de Colombia, Plinio Mendoza Neira fue uno de los actores que le tocaría enfrentar los disturbios de entonces. Lo sucedido alrededor de la muerte de Gaitán, amigo político y personal del tocano, es un asunto que Plinio Apuleyo Mendoza trata en *El país de mi padre*. Todo lo expuesto por el autor ocurre como recuerdos personales de su padre: sus ires y venires políticos como ministro de guerra, contralor de la república, senador, así como las trampas puestas por algunos de sus copartidarios que lo orillarían a trece años de exilio en Venezuela. Asuntos que andarían a la par con sus vivencias más íntimas: la muerte de su primera esposa, sus emprendimientos y fracasos editoriales en revistas políticas y culturales, incluso su deceso por un tumor invasivo.

Apuleyo Mendoza, acaso por su cercanía a Gabriel García Márquez o sus lecturas, usa recursos propios del contexto literario de la mitad del siglo XX; las prolepsis dispersas para justificar momentos futuros permiten identificar aquellas afinidades. La vida del tocano es un pulso vivo entre lo histórico y lo

1 Néstor Alexander Espejo Ibáñez. Licenciado de Idiomas Modernos Español - Inglés de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Magíster en Literatura de la misma universidad. Corrector de estilo. Docente de la Institución Educativa INEM Carlos Arturo Torres de Tunja.

sensible de un hombre cuya trascendencia es un olvido. Si bien lo que respecta al rescate de las vivencias políticas son aspectos por distinguirse en la obra: la traición que sufre ante el golpe de estado fallido, las bravatas que le pararon los militares ante su nombramiento como ministro de guerra, los desaciertos e indecisiones ante los tumultos de personas en “el bogotazo”, llama la atención que lo arraigado del padre a su tierra queda postergado hasta el capítulo final. Por lo demás, Toca no es mencionada sino como un paisaje abstracto que se pierde en lo prosaico del que habla de Boyacá sin conocerla.

El hombre y su tierra

Más allá de lo preciso de las evocaciones políticas aunadas con lo personal, el relato tropieza con yerros territoriales. Basta ver cuando refiere a la abuela del prócer como una matrona en la “vereda” de Pasogrande. Lo que no se documenta es que ese lugar no es tal sino una parte de una vereda mayor: Cunucá. Un dato como este no sería trascendente de no pensar en lo unido que estaba Mendoza Neira con su municipio. Sobre este lazo, García Márquez referiría: Tengo tantos recuerdos de Toca, y tan vívidos y entrañables que me cuesta trabajo creer que nunca he estado allí. Son los recuerdos que me contagió Plinio Mendoza Neira hace ya muchos años en Caracas, cuando se sentaba a hilar sus nostalgias en las tardes ociosas del exilio. Recuerdo un campo donde él andaba de niño tras un rebaño de ovejas. Recuerdo la historia tremenda del Cristo que había sido despedazado a golpes de hacha...

Por eso, después de trasegar páginas distantes entre lo histórico y lo geográfico, resulta desconcertante ver relegado hasta el capítulo quince (el final) ese afecto que, como lector y coterráneo, se siente ausente sobremanera. Con todo y estas desatenciones frente a la tierra de su progenitor, el autor nos aproxima a conocer la vitalidad de un hombre que nunca abandonó su pueblo. *El país de mi padre* rescata ese sentimiento en las postrimerías, cuando en medio de la muerte y el anhelo surge la relación entre el individuo y su tierra, un aspecto dibujado como un reencuentro de aquel que ha salido, ha visto el mundo, y ha gastado su vida con esos, los hombres y mujeres, que se quedaron esperando a que volviera. Bien lo diría Mendoza hijo al relatar las palabras de una paisana en un encuentro con su padre: “aquí vinieron con la noticia de que sumerced estaba muy enfermo [...] Que se iba a morir. [...] Pero Dios es muy grande. Ahí nos lo tiene: enterito, alentado” (p.191). Toca y sus habitantes, Mendoza uno de ellos, se figuraban como uno solo. Pienso en los fantasmas de Rulfo que justificaban a Comala, esta vez en otro lado de América latina y con personajes diferentes.

Pero la experiencia no se queda solo en el retorno a la tierra antes de morir. De cierta manera, Mendoza Neira sabía que, a pesar de haber estado tanto tiempo afuera, algo lo unía a esos hombres polvorientos y sudados de las veredas tocanas; por eso su compromiso ante el inminente final: “mis paisanos van a venir por mí. Yo los conozco, van a venir por mí. Les hice una promesa. Pero dígales que ahora no, que más tarde. Dentro de unos años pueden llevarse los restos para Toca” (199). Tal vez el otrora ministro de guerra sabía que pertenecía no solo a las veredas y caminos de su pueblo, también a las gentes por las que trabajó y les puso hospital, caja agraria y escuela y que, de esta manera, lo recordarían las generaciones próximas, por eso supo la terquedad de sus paisanos frente al olvido y su costumbre, por demás humana, de colocar nombres de políticos a lugares o instituciones. Lo arraigado iba más allá de distancias culturales o políticas, la tierra, como un agujero voraz, reclamó a uno de los suyos.

El tiempo ha pasado desde ese día en que dos hombres se presentaron en la clínica para reclamar sus restos, hace sesenta y tantos años. Voltar la mirada a ese entonces es no saber hoy si el templo doctrinero donde reside para la eternidad, seguirá en pie y esa placa bloqueada a la vista por una torrecilla de mármol en frente, que no deja ver el agradecimiento del pueblo a su personaje más ilustre, no la leerá nadie por esa costumbre que es el olvido y la deuda con la historia acaso se acrecenté más. Me permito, ante eventuales dificultades del lector, transcribir lo citado en el mármol. Lo hago con las fallas ortográficas, puesto que se encuentra en mayúsculas, dando crédito así a la idea antigua que esta tipología no requería tildes y, al parecer, puntuación:

AQUI REPOSAN LOS RESTOS DE
PLINIO MENDOZA NEIRA
NACIDO EN TOCA EL 19 DE ABRIL DE 1902 FALLECIDO
EN BOGOTÁ EL 26 DE ABRIL DE 1971
AL CUMPLIRSE EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE SU MUERTE
EL PUEBLO AGRADECIDO DE TOCA PIDIO EL TRASLADO DE
LOS DESPOJOS DE SU INOLVIDABLE BENEFACTOR PARA QUE
DESCANSEN ETERNAMENTE EN LA ENTRAÑA DE LA TIERRA
QUE TANTO AMO
ABRIL 26 DE 1981